



PASOS DIARIOS

#peregrinoporelcorazón



SANTUÁRIO DE FÁTIMA
SHRINE OF FATIMA



6.

Participar
en la redención

En este mes de mayo, Fátima te ofrece el desafío de una peregrinación más esencial: el camino es interior y podrá llevarte muy lejos dentro de ti mismo, al encuentro del santuario de tu intimidad donde Dios está presente para ti. Hacerse peregrino por el corazón es tratar de vivir interiormente lo que la experiencia de la peregrinación suscita y realiza. Fátima te llama. Aun no pudiendo venir al Santuario este mes de mayo, haz con nosotros esta peregrinación interior todos los días. Y cada noche, coloca una vela encendida en tu ventana.

Visitando la narrativa que Lucía hace de la aparición de mayo, descubriremos cuánto Dios respeta la libertad del hombre y cuál es el proceso que escoge para dársele a conocer. Hoy, eres llamado a descubrir lo más radical de la vocación cristiana: participar en la redención.

En este mes de mayo, Fátima te invita a ser peregrino por el corazón. Hoy, eres llamado a descubrir lo más radical de la vocación cristiana: participar en la redención.

Dios mío, yo creo, adoro, espero y os amo. Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no aman.

Ya llevas seis días de peregrinación por el corazón en este mes de mayo singular. Hoy, vas a escuchar la pregunta que habita en el corazón del mensaje de Fátima. Siendo así, se justifica y es preciso que descendas a tu corazón y trates de disponerlo para responder; busca el silencio, lo más profundamente que puedas.

Desde que preparaste el corazón para partir, hace seis días, ya escuchaste de parte de Dios: «No tengáis miedo»; y escuchaste a una voz de niña hacer la pregunta suprema de la libertad humana: «¿Qué es lo que Vd. quiere?», es decir, ¿qué quieres de mí, oh Dios? Se prometió el cielo (por la voz de la madre: – «¡Sí vas!») a los niños, que lo desearon para sí mismos y para extenderlo a todos.

Todos estos pasos, de la peregrinación por el corazón en la que vas, es necesario recordarlos para el paso que daremos hoy, mayor que los anteriores. Por lo tanto, necesitarás un poco más de tiempo para el encuentro. Hoy es sábado.

Escucha, entonces, un breve momento del diálogo de la aparición de mayo, solo una pregunta y una respuesta, tan relevantes para el momento de pandemia que atraviesa el mundo, cuando nos preguntamos sobre el sufrimiento del hombre y el lugar de Dios. Descubrirás que apela a toda la historia de la salvación, a toda la luz de la Pascua de Cristo que ilumina las preguntas más profundas de la existencia humana en el mundo. Escucha:



Nuestra Señora nos preguntó:

– ¿Queréis ofrecer a Dios para soportar todos los sufrimientos que El quisiera enviaros, en acto de desagravio por los pecados con que es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores?
– Sí, queremos.»

Y escucha, ahora, del Evangelio de Mateo | 26,36-39:



³⁶Entonces Jesús fue con ellos a un huerto, llamado Getsemaní, y dijo a los discípulos: “Sentaos aquí, mientras voy allá a orar”. ³⁷Y llevándose a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, empezó a sentir tristeza y angustia. ³⁸Entonces les dijo: “Mi alma está triste hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo”. ³⁹Y adelantándose un poco cayó rostro en tierra y oraba diciendo: “Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz. Pero no se haga como yo quiero, sino como quieres Tú”.»

La Señora pregunta a tres niños si quieren lo que ella propone, uno de los cuales le había preguntado en nombre de todos: «¿Qué es lo que Vd. quiere?» Fátima es este diálogo de querer, entre el querer humano y el querer divino, un diálogo de libertades, entre voluntades libres, que tiene su raíz en el diálogo entre Jesús y el Padre en la noche del huerto de los olivos. ¿Quién es ésta que interroga a Lucía, Francisco y Jacinta?

Es la Madre del Dios-hombre angustiado del combate nocturno de Getsemaní, la misma Madre que al día siguiente estará de pie junto a la cruz bajo el sol del Gólgota, participando en la pasión, escuchando a su

Hijo exclamar, como si estuviera desesperado, «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»; escuchándolo perdonar a los que lo mataban, prometer el paraíso al arrepentido y manifestar su sed de sed; escuchándolo confiarse como hijo que confía: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»; y escuchándolo declarar, al final, «¡Todo está consumado!» Antes, lo escuchará todavía que nos la da como madre. La Señora que pregunta a los pastorcitos «¿Queréis...?» es esta Madre, que bebió todas estas palabras de la boca de su hijo inocente que agonizaba.

Todas estas palabras de lo alto de la cruz vibran en el corazón de la pregunta de la Señora a los niños. Las palabras del drama de la Cruz sintetizan los movimientos íntimos del corazón humano que se enfrentan con el drama de la existencia; son, además, un drama: el drama de la redención, la liberación del corazón humano de la oscuridad del pecado y de la muerte, realizada por el corazón de Dios, lleno de la luz de la misericordia.

¿Ya has escuchado bien las palabras de la pregunta de la Señora? Son tan bellas, las principales: ¿qué creyente diría que no? «¿Queréis ofrecer a Dios?» ¿Quién, al menos en intención, no quiere esto, *ofrecerse a Dios*? Es el sentido y el programa de vida de cualquier cristiano que lo quiera ser de verdad: querer – es la libertad –; ofrecerse – es el amor (¿y la libertad para qué es sino para el amor?) –; a Dios – es la fuente del amor, es el amor mismo; Dios es misericordia y bondad.

«[P]ara soportar todos los sufrimientos que Él quisiera enviaros», continúa la pregunta. ¿Es Dios misericordia y bondad? ¿Y envía sufrimientos? Más que eso, ¿quiere enviar sufrimientos? ¿Qué hay de los niños? ¿Ofrecerse a este Dios?

Las palabras, incluso las que se hablan de Dios e incluso las que habla Dios, son cautivas del tiempo, cautivas del hombre sujeto al tiempo que las dice, en cada tiempo, en todos los tiempos. Y el hombre de aquel tiempo – es más, el hombre de todos los tiempos – dice estas cosas sobre Dios e incluso pone estas cosas en la boca de quien habla de parte de Dios.

Desde tiempo remoto, el hombre asoció el sufrimiento a la voluntad de Dios: confrontado con el sufrimiento sin sentido, trató de encontrar en la voluntad de Dios un significado para el sufrimiento al que pudiera resignarse. Desde siempre buscó en el corazón mismo del sufrimiento un principio de redención del sufrimiento, una razón que lo liberase de lo

absurdo, atribuyendo su origen a Dios y a su finalidad a los misteriosos designios de su voluntad que todo lo conoce.

Pero, ¿puede Dios, el Dios que toma el sufrimiento humano como propio y lo expresa en el combate de la noche de Getsemaní y en la pasión de la tarde en el Gólgota, el Dios de las palabras del crucificado, puede ser el Dios de Jesucristo un Dios que inflige sufrimiento? ¿No se presenta, precisamente allí, por el contrario, como el Dios que voluntariamente acepta el sufrimiento que le es infligido, hasta la muerte?

El sufrimiento del Hijo es el sufrimiento del Padre, son un solo Dios. No es sufrimiento enviado por el Padre al Hijo; es el sufrimiento natural de la creación, nuestro sufrimiento de criaturas, el sufrimiento propio de la existencia, naturalmente sujeta a desequilibrios, en virtud de sí misma. Es este sufrimiento el que el Padre y el Hijo, cada uno a su manera, asumen y sufren, porque el amor incluso obliga a la libertad de Dios. Y así Dios inscribe, en el corazón del sufrimiento, en el corazón de la muerte, el principio de su redención: transformar libremente el sufrimiento en un acto de amor. ¿El mayor acto de amor? Dar la vida hasta la muerte. Y este exceso de amor que libremente se ofrece: ésa es la reparación que Fátima pide.

¡Qué palabras, éstas de la pregunta dirigida por la Señora a los tres niños con palabras cautivas del hombre sujeto al tiempo: «[para soportar todos los sufrimientos que él quisiera enviaros](#)»! Esta Señora es la Madre del crucificado, quien bebió las palabras de lo alto de la cruz, palabras que le llenaron el alma, las palabras del encuentro en el límite de la muerte entre el sufrimiento del hombre y el sufrimiento de Dios. La pregunta de la Señora se formula así para hablar del profundo drama del hombre frente a las inmensas preguntas que plantea el sufrimiento, como cuchillas de fuego que le consumen las entrañas. Las palabras de la Señora no hablan de Dios, no se refieren al Dios de la eterna bondad y misericordia; hablan del hombre, son sobre el hombre sujeto al tiempo que padece su fragilidad radical, que lo hace sufrir y conocer la muerte. Estas palabras de la Señora son de la misma naturaleza que las de su hijo en el combate de Getsemaní y en la cruz del Gólgota, son palabras que escandalizan e interrogan; en ellas habita el anhelo del corazón humano por una fuente de luz que se abra en la oscuridad. Y es en la oscuridad, cuando el hombre siempre se ha vuelto a Dios buscando la luz. Es esta búsqueda de luz en Dios para iluminar la oscuridad del sufrimiento la que vive en el interior de las palabras escandalosas, paradójicas del segundo término de la pregunta

de la Madre de los discípulos del crucificado: «para soportar todos los sufrimientos que él quisiera enviaros».

¿Cómo las oyes? ¿Qué oyes en ellas? Mejor: ¿a quién oyes en ellas? Puedes oírte a ti cuando sufres. Para Dios, lo que oírás es el verbo *querer* de Jesús en el huerto de los olivos, el mismo verbo, el mismo querer de los tres niños de Cova de Iría. Querer el querer de Dios. Y lo que Dios quiso fue someterse a tu sufrimiento, a tu muerte. Dentro de este verbo caben todas las palabras de lo alto de la cruz; y esas, las del crucificado, estas son las palabras que Dios te dice como luz cuando te ves en la oscuridad por sufrir y morir: Él se une a ti en tu soledad, te promete el paraíso, perdona tus agresiones mortales, confiesa la sed que tiene de tu sed, te da como hijo a su Madre y consume en el misterio – que siempre será un misterio – de tu sufrimiento y de tu muerte, el misterio – que siempre lo será, también – de su pasión. Es la redención. Y tú participas en ella, te conviertes en participante en la redención cuando, como María al pie de la cruz, como Lucía y Francisco y Jacinta ante la encina, eres capaz de decir el verbo de la libertad que se rinde al amor: sí, quiero.

Este es el sentido de la vida cristiana. Ofrecerse voluntariamente a Dios, como Dios voluntariamente se ofreció. A ti se dirige, a ti como a todos los bautizados, el llamado a – sin miedo, libremente comprometido, como peregrino de la puerta del cielo por el corazón –participar en la redención: «en acto de desagravio por los pecados con que Dios es ofendido y de súplica por la conversión de pecadores». Esta es la verdad más radical de la vocación cristiana: participar en la redención. Mañana profundizaremos en ello. Fátima es una puerta del cielo que te pregunta: ¿quieres ofrecerte a Dios, como los pastorcitos y con ellos, para participar en la redención?



Dios mío, eres el que habitas en lo íntimo de mi corazón
y me llamas a abrir este mes de mayo cerrado, a convertirme en
peregrino por el corazón
para ahí encontrarme contigo.
Escucha mi voz, la voz de todos los que te suplican por la luz.
El sufrimiento me ata al suelo, soy polvo de la tierra.
Somos polvo de la tierra, todos los hijos de Eva
que bebemos en la noche el sufrimiento y conocemos la
oscuridad de la muerte.

Pero nos has hecho hijos de María, en Cristo, el nuevo Adán.
Somos los hijos de la redención, llamados a la libertad para el
amor
que nos desata del suelo y nos constituye en peregrinos del
cielo,
tu hogar que haces nuestro hogar, que quieres sea el hogar de
todos los pueblos.
Libremente, quiero ofrecerme a ti para reparar el amor – ¡Tú
eres el Amor! –
y suplicar por mis hermanos que no conocen el amor, que
desconocen la libertad.
Sí, quiero. Como Francisco, Jacinta y Lucía,
ofreciéndome libremente, transformaré mi sufrimiento en el
acto de amor que lo redime.
El Espíritu Santo, íntima voz de la libertad y del amor,
suena en el silencio de mi corazón que te busca.
Soy peregrino por el corazón; libre para el amor, quiero
participar en la redención.
Quiero peregrinar por el corazón
al corazón de tu madre, mi madre, Nuestra Señora del Rosario
de Fátima.
En su corazón, eres Tú el que esperas mi corazón
y, en este mes de mayo lejos de la capilla de las apariciones
me hago peregrino por el corazón: por mi corazón marcharé
y en el corazón inmaculado de la Madre escucharé el latido
misericordioso de tu corazón. Amén.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo.
Bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto
de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por
nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.
Amén.

Madre del Cielo, estás atenta a la voz de las súplicas del mundo
en tribulación. Atiende el grito de los pobres y de los
enfermos, da consuelo y esperanza a todos los que sufren,
da fuerza y compasión a todos los que cuidan y trabajan. Da
la paz al mundo. En tu inmaculado corazón, sé, para todos
tus hijos, refugio y camino hacia Dios.

Nuestra Señora del Rosario de Fátima, ruega por nosotros.
San Francisco y Santa Jacinta Marto, rogad por nosotros.

En tu ventana, esta noche, coloca de nuevo una vela encendida, que sea una señal de que en tu casa habita un peregrino de Fátima por el corazón. Nuestra Señora vela por ti a lo largo del camino y te ayuda a vivir esta peregrinación por el corazón como participación en la redención. Hasta mañana.